

El libre albedrío y la obediencia

(Manual *Enseñanzas de los Profetas Vivientes*, Manual para el Alumno, cap. 9, págs. 44—48)

¿Sacrificamos nuestro libre albedrío cuando seguimos a los profetas vivientes? ¿Sacrificamos nuestra integridad al obedecer a un profeta viviente cuando lo que nos dice es contrario a nuestra opinión? ¿Debemos nosotros como miembros de la Iglesia seguir al profeta, aun cuando no hayamos recibido un testimonio espiritual de la veracidad de su llamamiento profético? Para los Santos de los Últimos Días leales, la respuesta a estas preguntas es obvia. Para quienes comprenden que las leyes espirituales existen, que el bien y el mal son una realidad, que cosechamos recompensas o pagamos las consecuencias por nuestras decisiones o acciones y que hay profetas vivientes, la elección es clara. El seguir el consejo de los profetas vivientes no limita nuestro libre albedrío; por el contrario, aumenta nuestra libertad.

El seguir la voluntad divina no anula el albedrío

“Como respuesta a una polémica de que seguir tal derrotero [seguir a la Primera Presidencia] equivale a sacrificar nuestra propia ‘libertad moral’, suponed que una persona se encontrase en un bosque, con la visibilidad limitada por la verde densidad que la rodea. ¿Estaría sacrificando su albedrío al seguir las instrucciones de alguien que estuviese dirigiéndola desde un mirador? Para mí, nuestros líderes son verdaderos vigías sobre las torres de Sión, y aquellos que siguen su consejo están ejerciendo su albedrío con la misma libertad que el hombre que se encuentra en el bosque. Así pues, yo acepto como un hecho, sin ninguna reserva, que esta Iglesia está dirigida por el Señor Jesucristo, y que El, a través de los hombres escogidos y nombrados para dirigir a su pueblo, ofrece su dirección activa. Creo que les comunica su voluntad, y que ellos, al disfrutar de su Espíritu, nos aconsejan.

“El Señor mismo nos dio su ejemplo al respecto. Mientras sufría bajo el peso de los pecados del mundo, al efectuar la gran expiación, en la agonía de su alma, El exclamó: ‘Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú’ (Mateo 26:39). Y de esta manera se sujetó a la voluntad de su Padre, consumando así su gran misión. ¿Quién puede decir que al hacer esto estaba renunciando a su libre albedrío?” (Marion G. Romney, Programa de autoenseñanza, *Instituto de Religión, El Libro de Mormón*, pág. 47; versión revisada.)

Existe un perfecto equilibrio entre la libertad individual y la obediencia

El élder Boyd K. Packer explicó que la obediencia, la autoridad y el albedrío pueden existir juntos y que podemos aumentar nuestra libertad al valemos del albedrío para obedecer a las autoridades.

“No se habla de la obediencia a menos que se hable de la autoridad, y no se menciona la obediencia y la autoridad sin mencionar el albedrío.

“La máxima declaración que he leído tocante al equilibrio que existe entre la autoridad y la libertad individual en la Iglesia proviene del prefacio del *Manual general de instrucciones* [de 1963], el cual está firmado por la Primera Presidencia de la Iglesia. Me gustaría leerlos una cita de dicho prefacio.

“Una característica particular de la organización de la Iglesia descansa en su equilibrio entre la autoridad y los derechos individuales. El sacerdocio es una hermandad, y en el funcionamiento de ésta, los aspectos más elevados de la personalidad del hombre - su capacidad de actuar como agente libre y su capacidad para ser espiritual - deben respetarse y aumentarse. Los líderes invitan, persuaden, estimulan y aconsejan con un espíritu de mansedumbre y humildad. Los miembros reaccionan libremente según los dirige el Espíritu. Y únicamente esta clase de reacción tiene valor moral. Un acto es moral sólo si expresa el carácter y la disposición de la persona, o sea, si está basado en el conocimiento, la fe, el amor o el fervor religioso. El temor y la fuerza no tienen lugar en el reino porque no producen acciones morales y son contrarios al don divino del libre albedrío.” (General Handbook of Instructions, 1963.)

“Dicha declaración explica la manera en que deben manejarse la autoridad y la libertad individual en la Iglesia.

“Si os sentís presionados y no libres, puede ser por una de dos razones. Una, si habéis perdido vuestra libertad, posiblemente ha sido por causa de algún acto irresponsable y vuestro, y ahora os es preciso recuperarla. Tal vez os encontréis paralizados por la pereza o la desidia; algunos hasta llegan a ser esclavos de los vicios. La otra razón es que si no sois libres, probablemente sea porque no lo merecéis. La libertad no es un don que se conserve intacto; tiene que ganarse y conservarse.

“Yo soy libre y cuido mucho mi independencia; y demoro en dejar saber a todos el derecho que es mío de tomar decisiones propias. La más preciada entre todas las que tomo es la de ser obediente. Obedezco porque quiero, porque es mi decisión.

“Hay personas que tienen el concepto de que uno es obediente únicamente porque tiene que serlo y se acusan a sí mismos al sólo pensar en esto. Al creer que se obedece únicamente por compulsión, dejan ver lo que ellos mismos harían. Yo soy *libre* de ser obediente y llegué a esta conclusión por mí mismo. Reflexioné al respecto; lo razoné; hasta experimenté un poco. La desobediencia me enseñó lecciones tristes. Entonces la puse a prueba en el gran laboratorio de la investigación espiritual, la prueba más compleja, exacta y refinada que pueda uno hacerle a cualquier principio. Por lo tanto, no vacilo en decir que quiero ser obediente a los principios del evangelio. *Yo quiero*. Así lo he decidido. Mi voluntad, mi albedrío, se han encauzado en esa dirección. El Señor lo sabe.

“Algunos declaran que la obediencia anula el albedrío. Quisiera indicar que la obediencia es un principio justo...”

“La obediencia a Dios puede ser la expresión más elevada de la independencia. Pensad que podéis darle a El el don que El jamás tomaría. Pensad en ofrecerle aquello que El jamás os quitaría por la fuerza. Conocéis las siguientes líneas:

“El hombre tiene libertad

De escoger lo que será:

*mas Dios la ley eterna da,
Que El a nadie forzará.
“El con cariño llamará,
Y luz en abundancia da;
Diversos dones mostrará,
Mas fuerza nunca usará.’
(Himnos de Sión, N° 92.)*

“Aunque Dios nunca exija la obediencia por la fuerza, la aceptará con gusto cuando uno se la ofrezca voluntariamente. Y entonces nos devolverá una libertad que nunca soñamos, la libertad de sentir y saber, la libertad de hacer y de *ser*, por lo menos mil veces más de lo que le hemos ofrecido. Aunque parezca raro, la llave de la libertad es la obediencia...

“Yo sé que soy libre de hacer mi voluntad. Si la Primera Presidencia o el Presidente de los Doce me asignaran que asistiera a una conferencia donde hiciera demasiado frío en el invierno o demasiado calor en el verano, podría hacer mi voluntad al respecto. Podría resolver el problema con dos palabras. Podría decir simplemente: ‘No iré’. De hecho, podría usar una sola palabra: ‘No’. Podría hacer mi voluntad en toda ocasión.

“Sin embargo, no quiero que sea así. Quiero hacer lo que ellos desean que haga. ¿Por qué? Porque tengo el testimonio, la convicción, de que son siervos del Señor. Han sido colocados como mis dirigentes.

Siento remordimiento cuando los defraudo al no cumplir con lo que ellos esperaban, o cuando cometo alguna equivocación.

“¿Por qué me siento de esa manera? Vosotros podéis responder que son simplemente hombres. No, no son *simplemente* hombres. Han sido escogidos entre todos los demás y son los siervos del Señor...

Ojalá que en alguna forma sepáis que la obediencia es una llave del libre albedrío y que es la puerta que da a la libertad. Dios permita que lleguéis a saber que Jesús es el Cristo, que vive. ¡Yo sé que vive! Mi oración es que sepáis que tiene un cuerpo de carne y huesos, que ésta es su Iglesia, y que El la preside. Que sepáis que la dirige un profeta de Dios, una Primera Presidencia y otros llamados a trabajar con ellos en el ministerio. Que sepáis que por toda su Iglesia están sus siervos: obispos; presidentes de estaca; presidentes de quórum, quienes poseen el espíritu de persuasión, benignidad, mansedumbre y amor sincero. Ellos desean invocar esa disciplina exterior como el principio de la disciplina personal. La autodisciplina - la obediencia - abre los portales de la vida eterna.” (*Doctrina y Convenios, Programa de autoenseñanza del Instituto de Religión*, unidad 8, págs. 395-397; versión revisada.)

La Iglesia no “dirá” a nadie lo que tiene que hacer

“Existen entre nosotros personas que dicen que no permitirán que la Iglesia ‘les diga lo que tienen que hacer’, ni cómo tienen que vivir, ni tampoco que les prive de su libre

albedrío. Y están en lo correcto. No permitirán que la Iglesia les diga lo que tienen que hacer, porque han cerrado sus oídos a manera de insubordinación y rebelión, y ‘no escucharán’, tal como dicen las Escrituras.

“Y, por supuesto, la Iglesia no puede decir y no dirá a nadie lo que debe hacer, porque cree en el libre albedrío y no forzará a nadie. Sino que:

*‘...con cariño llamará,
Y luz en abundancia da;
Diversos dones mostrará,
Mas fuerza nunca usará.’*

“De modo que la Iglesia y el desobediente concuerdan por lo menos en este punto: La Iglesia no puede ni quiere forzar a nadie a hacer lo que debe hacer.

“Pero, ¿qué dice el Señor?

“El Señor dice que debemos seguir al Presidente de la Iglesia y ‘aceptar su palabra como si procediera de mi propia boca, con toda paciencia y fe’.

“Uno de los peores casos de insubordinación es cuando una persona promete cooperar con sus líderes y más adelante no lo hace. Esto no sólo es insubordinación, sino hipocresía, y ¿puede alguien olvidar lo que el Señor dijo acerca de los hipócritas?

“Muchos designios e ideologías están circulando entre los pueblos en la actualidad. Parece que algunos están deseosos de recibir consejos de algún sensacionalista pasajero, incluso en cuanto a temas en los que la Iglesia ha hecho mucho hincapié, en vez de obedecer lo que los oficiales de la Iglesia dicen. Es una cosa rara y difícil de comprender...

“Los miembros de la Iglesia deberían saber que no deben seguir ‘cualquier viento de doctrina’, sino que deben escuchar la voz de sus líderes autorizados.” (Mark E. Petersen, *For Righteousness Sake*, págs. 154-155.)

Cuando el hombre obedece a Dios, no lo hace a ciegas

La siguiente declaración del presidente Spencer W. Kimball [en un discurso pronunciado cuando aún no era Presidente de la Iglesia] deja bien en claro que seguir el consejo de Dios no significa obedecer a ciegas:

“¡Obedecer! ¡Escuchar! ¡Qué labor más difícil! A menudo escuchamos: ‘¡Nadie tiene el derecho de decirme qué ropa debo usar, lo que debo comer o lo que debo beber. Nadie tiene el derecho de decirme lo que tengo que hacer los domingos, ni de apropiarse de mis ganancias, ni tampoco de limitar en nada mi libertad! ¡Yo hago lo que me plazca! ¡No tengo por qué obedecer a ciegas!’

“¡Obediencia a ciegas! ¡Cuán poco saben! El Señor dijo a través de José Smith:

“‘Cualquier cosa que Dios requiera está bien, no importa lo que sea, aunque no comprendamos la razón hasta mucho tiempo después.’ (Scrapbook of Mormon Literature, tomo 2, pág. 173.)

“Cuando el hombre obedece los mandamientos de su Creador, no es obediencia a ciegas. ¡Cuán diferente es la venia de un siervo ante su monarca totalitario de la obediencia significativa y voluntaria que damos a Dios! El dictador es ambicioso, egoísta y obra con motivos ocultos. Cada mandato de Dios es justo, cada directiva tiene un propósito, y todo es para el bien de la Iglesia. En el caso del dictador, se trata de obediencia ciega; en el caso de Dios, es obediencia motivada por la fe...

“Quizás el criminal de una penitenciaría obedece a ciegas porque se le compele y otros toman decisiones por él. En cierta manera se parece a los siervos de un dictador cuyo trabajo, recreación, religión y otras actividades son controlados por el régimen. Esto es *obediencia a ciegas*.

“Cuando los hombres dicen que aquel que practica todo tipo de fe y todo tipo de obediencia lo hace a ciegas, ¿no están encubriendo sus propias debilidades? ¿No están buscando una excusa para justificar su propia negligencia al no obedecer?

“El hombre obedece estrictamente la ley de impuestos sobre la renta y paga antes de la fecha de vencimiento sus impuestos prediales, y, sin embargo, justifica su desobediencia a la ley del día de reposo o el no pagar los diezmos a tiempo, si ésta es su situación. En el primer caso, puede sufrir sólo la privación de su libertad o recursos, o perder su casa o propiedades; pero en el otro caso, abre las puertas a la pérdida de su alma. Lo espiritual, así como lo temporal, también acarrea castigos; la diferencia principal es la celeridad con que éstos se aplican, ya que el Señor es muy paciente.

“Difícilmente podría decirse que el primer caso es un ejemplo de obediencia ciega; sin embargo, a veces el hombre califica como tal la obediencia a los mandamientos espirituales.

“¿Es obediencia ciega cuando un estudiante paga su matrícula, estudia sus asignaciones, asiste a las clases, y de esta manera se hace merecedor de recibir un diploma?...

“¿Es obediencia ciega cuando un hijo pequeñito alegremente salta desde la mesa a los fuertes brazos de su sonriente padre, o se trata de una confianza implícita en un amoroso padre que se siente seguro de que puede recibir en sus brazos a su hijo, al cual ama más que a la vida misma?

“¿Es obediencia ciega cuando una persona enferma toma la medicina de sabor amargo prescrita por su médico, o entrega su cuerpo al bisturí del cirujano, o se trata de una obediencia de fe en alguien en quien se puede depositar confianza?

“¿Es obediencia ciega cuando el capitán de un barco guía su nave por entre las boyas que marcan los arrecifes y de esta manera puede mantener su barco en aguas profundas, o es confianza en la integridad de quienes colocaron esos aparatos protectores?

“¿Es obediencia ciega cuando nosotros, con nuestra visión limitada, nuestro conocimiento elemental, nuestros deseos egoístas, motivos ocultos y deseos carnales, aceptamos y seguimos las pautas y obedecemos los mandamientos de nuestro amoroso Padre Celestial quien nos procreó, creó un mundo para nosotros, nos ama y ha planeado un programa constructivo para nuestro beneficio, y no tiene ningún motivo

oculto, sino que su gran gozo y gloria es ‘llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna’ de todos sus hijos?

“La obediencia ciega puede ocurrir cuando no existe la libertad o se está bajo una dictadura, pero somos libres de obedecer sin ninguna compulsión todos los mandamientos que el Señor nos ha dado por medio de sus siervos. Algunos protestan que no hay libertad cuando se imponen penalidades y se amenaza con condenación; para algunos el ser maldecido por rechazar el evangelio les parece muy severo y piensan que los priva de su albedrío. Pero esto no es cierto, porque nosotros somos los que decidimos: podemos aceptar o rechazar, cumplir o hacer caso omiso.” (En Conference Report, octubre de 1954, págs. 51-53.)

Los Santos de los Últimos Días deben obtener un testimonio inconvencible de la inspiración de los profetas

Si somos verdaderos santos de Dios, estaremos deseosos de seguir en todo momento a los profetas del Señor; sin embargo, aún debemos obtener un testimonio personal del Espíritu de que lo que estamos haciendo es correcto. Una vez que hayamos obtenido tal testimonio, podemos ser testigos más firmes y eficaces de la obra del Señor, apoyar a los líderes escogidos del Señor con mayor confianza y permanecer fieles cuando nos veamos enfrentados con la oposición y las presiones.

“De hecho, esto es lo que se ha dicho en esta conferencia: A menos que cada miembro de esta Iglesia obtenga un testimonio personal e inconvencible de la divinidad de esta Iglesia, tal estará entre quienes serán engañados en el día en que serán probados ‘los herederos conforme al convenio’. Sólo sobrevivirán quienes hayan obtenido tal testimonio.

.Recuerdo las palabras de Brigham Young: ‘Si vuestra fe estuviera concentrada en el objeto debido, si vuestra confianza fuera firme y vuestras vidas fueran puras y santas, y si cada uno estuviera cumpliendo con sus deberes de acuerdo con el sacerdocio y la capacidad que poseéis, estaríais llenos del Espíritu Santo, y sería imposible para cualquier hombre engañaros y guiaros a la destrucción, así como sería imposible para una pluma no quemarse en medio de un fuego intenso’.

“Luego agregó:

‘Me da miedo que este pueblo tenga tanta confianza en sus líderes que no pregunten ellos mismos a Dios si El les está guiando. Temo que se pongan cómodos y se sientan demasiado seguros, y entreguen su destino eterno en manos de sus líderes con una peligrosa confianza que en sí misma frustra los propósitos de Dios en cuanto a su salvación, y debilita la influencia que podrían tener sobre estos líderes si supieran ellos mismos, por medio de las revelaciones de Jesucristo, que les están guiando por el camino correcto. Que cada hombre y mujer sepa, mediante los susurros del Espíritu de Dios, si sus líderes van por el camino que el Señor les señala.’

“Para mí, hay algo que es muy cierto. Para nosotros como Santos de los Últimos Días no es suficiente seguir a nuestros líderes y aceptar sus consejos, sino que tenemos una obligación aún más grande, la de obtener un firme testimonio del divino llamamiento de estos hombres y de que lo que ellos nos dicen es la voluntad de

nuestro Padre Celestial.” (Harold B. Lee, en Conference Report, octubre de 1950, págs. 129-130.)

El siguiente relato de la vida de Marion G. Romney ilustra el principio que enseñaron Brigham Young y Harold B. Lee:

“En el campo de la política, en donde se ejerce tanta presión sobre las personas para que transijan en sus ideales y principios por la conveniencia, los compañeros de partido de Marion G. Romney pronto aprendieron a admirar la gran lealtad que tenía hacia su propia conciencia y hacia el consejo de los líderes de la Iglesia, cuyas declaraciones sobre temas vitales relacionados con el bienestar de la nación, los cuales él aceptaba como divinamente inspirados, a menudo lo ponían en conflicto con los líderes de su propio partido político. En una de esas ocasiones, cuando los líderes de la Iglesia, en un editorial muy breve, se habían declarado en contra de la tendencia del gobierno de esa época, él me confió algo que todos los miembros fieles de la Iglesia deberían imitar:

‘Cuando leí ese editorial, al instante me dispuse a obedecer, pero me di cuenta de que eso no era suficiente, porque sabía que debía sentirme bien y estar convencido, antes de seguir los consejos de los líderes de la Iglesia, de que estaban en lo correcto. Y me llevó toda una noche de oración lograrlo’. En esta declaración vemos la diferencia entre la obediencia ‘inteligente’ y la obediencia ‘ciega’. Aunque Marion G. Romney nunca fue desleal al punto de vista de la Iglesia, tampoco se le pudo acusar de ‘obedecer a ciegas’.” (Harold B. Lee, “Marion G. Romney of the Quorum of the Twelve”, *Improvement Era*, octubre de 1962, pág. 742.)

Si estamos dispuestos sinceramente a buscar una confirmación del Señor en cuanto a las palabras de los profetas y estamos dispuestos a seguir sus consejos, el Señor confirmará nuestra fe. El presidente Marion G. Romney testificó de esto en base a su experiencia personal:

“Aquellos. . . que por medio de mucha oración y de un estudio diligente se informan de lo que los profetas vivientes dicen, y viven de acuerdo con sus enseñanzas, recibirán la visita del Espíritu del Señor, y sabrán por medio del espíritu de revelación que estos profetas hablan según la voluntad e intención del Padre.” (*Doctrina del Evangelio, El Libro de Mormón*, pág. 142; versión revisada.)